

*NEC BENE PROMERITIS CAPITUR NEQUE TANGITUR IRA*¹.
NI GORRONES NI CABREADOS NI ABURRIDOS, O LOS
FEBRILES REPASOS DEL NIÑO TITO.

JUAN CASCAJERO
Universidad Complutense de Madrid

*A Pablo y otros queridos hijos
de mis admirados colegas*

RESUMEN

A través de los pensamientos de un niño perteneciente a lo más selecto de los grupos propietarios romanos, se perciben las actitudes de las principales corrientes filosóficas tardorrepublicanas sobre la venalidad de los dioses. Los avisados pueden descubrir, además, con nitidez, las implicaciones sociales y políticas que se derivan de tales actitudes.

RÉSUMÉ

Un élève appartenant aux couches plus hautes des propriétaires romains, réfléchit sur la vénalité des dieux à travers sa connaissance des courantes philosophiques plus importantes de la République Tardive. Les lecteurs peuvent découvrir, en plus, les implications sociales et politiques dérivées des attitudes philosophiques mentionnées.

Uno no querría meterse, en exceso, con los dioses². Pero, puesto que ellos no han dejado nunca de entrometerse en la cosa social, parece que

¹ Lucrecio, II, 651. El fragmento completo (II, 646- 651, y repetido en I, 44- 49), síntesis de la actitud religiosa epicúrea (y no solo epicúrea) dice:

Omnis enim per se divom natura necessesit
inmortali aevo summa cum pace fruatur
semota ab nostris rebus seiunctaque longe.
Ipsa suis pollens opibus, nil indiga nostri,
nec bene promeritis capitur neque tangitur ira.

En verdad, a pesar de las promesas (I, 54-55 y V, 155), no concede un tratamiento específico al tema, todo el poema, sin embargo, es, en cierto modo, una obra de Teología o, quizás, de Antiteología y antiteología (a gusto del estudioso queda). Para salir de dudas, disfrútase de los 7415 versos del *De Rerum Natura*.

² Toda forma de lenguaje constituye, más o menos conscientemente, una clara forma de expresión ideológica. No pasa nada por explotarlo, para agravio de bienpensantes y solaz cómplice de descarriados. Porque, si la palabra docta ha enturbiado de opacidad, hasta casi hacer desaparecer, la realidad social del pasado, mientras, al mismo tiempo

ello significa, tras su mojadura, que les va la marcha y, en consecuencia, que algún que otro chaparrón les puede caer. Porque, de buena o mala fe (quién sabe), cándida o interesadamente, espontáneos, interesados o forzados, siempre han tomado parte y dispuesto sus partes en devaneos laicos³. El pecado del profano, pues, en este caso, no va más allá de la constatación de tan mayestática e hiperactiva presencia. Porque, en verdad, nunca estuvieron tranquilos ni quisieron disfrutar del siempre gratificante reposo⁴. Después de complicadísimos procesos de autogeneración, crearon el mundo (o mundos), las mil y una especies vegetales y animales y, para colmo, a los hombres⁵. Pero, como si ese su supremo parto hubiere tarado sus divinas esencias, drogodependientes de su propia proeza, no lograrían ya sustraerse de un sin fin de avatares y cuitas. Ellos fueron, pues, los que, al crear y crear, iniciaron un chalaqueo que, aún hoy, sigue vivo y coleando.

Y, con el debido respeto, dos son las formas fundamentales, no exclusivas, relacionadas pero diferentes, según parece, que los hombres antiguos dispusieron para garantizar la redondez de sus panzas, los unos, y para sosegar su latrante triperío, los otros. Sistemas que, en su manía por explicarse las cosas, hombres sabios de la posteridad habrían de

lograba ocultar tal desaparición, si, con ello, ha asentado motivos de placer, de regocijo y de burla en los corazones hartos de los grupos propietarios, ¿por qué no sonreír, un poco, en el acto mismo de su desenmascaramiento?. Y si, a última hora, en el margen del tiempo, la ilusión crítica, ante el casi impenetrable espectro, sabiamente construido, de la realidad social, duda de su sentido, ¿por qué no curvar una cola (frustradamente armada contra "lo otro") e insuflar, burlona, en sí misma su propia mofa?. En todo caso, podría significar la aniquilación de la ilusión, el exterminio de la fantasía, de los sueños, que no de la esperanza... Se trataría, en el momento mismo de vislumbrar con más nitidez los objetivos, de la transformación momentánea de la utopía en estrategia. Y, en este caso, en última instancia, de la inclusión y disposición del lenguaje como parte de esa estrategia. Una vez más, pues, en estos días de maltrato y abuso de la palabra, homenaje a ADORNO...

³ La creencia en el intervencionismo divino, la fe en su accesibilidad y permeabilidad ante los regalos y dádivas de los hombres, en una palabra, su venalidad (como su ira), están suficientemente atestiguadas por los restos que nos vienen de la Antigüedad. Los distintos niveles de escritura (desde los que soportan las más altas construcciones filosóficas, hasta los semianalfabetos *graffiti*, pasando por los "medianos" de las *tabellae defixionum*), los variados, aunque exiguos, restos de la oralidad, tanto culta (máximas, sentencias, aforismos y otros) como popular (refranes, dichos, fábulas y otros), los restos arqueológicos (y epigráficos), desde la Gran Arqueología y sus vistosos templos hasta la Pequeña Arqueología, la de los exvotos y ofrendas, todo nos habla del intenso mercadeo entre dioses y hombres. Puede concluirse, por tanto, con la rotundidad de enunciados de dos expresivas paremias: *Absque aere mutum et Apollinis Oraculum* (LEHMAN, *Florilegium politicum*, Frankfurt, 1641, p. 254); *Nihil tam sanctum, quod non violari, nihil tam munitum quod non expugnari pecunia possit* (Cicerón, *In Verr.*, 1, 2, 4).

⁴ Ya los denuncié hace algún tiempo y no se dieron por enterados (como muestra, en "Dioses diligentes contra dioses holgazanes", en "Lucha de clases e ideología en la Tardía República", *Gerión*, 8, 1990, págs. 115-139). Así que, de nuevo, ¡leña al mono!

⁵ Escurrizado el seguimiento del proceso (en eso andan los científicos) y más, aún, los vericuetos de la ficción.

denominar “principios” o “formas de legitimidad”⁶. Uno de ellos dicen que era el “principio de legitimidad aristocrática”⁷ y el otro, el “principio de legitimidad religiosa”, en realidad, ambos parecen primos hermanos, porque, si no compartieron los mismos padres, sí que disfrutaron de los mismos abuelos: los orondos y morondos estómagos de sus impulsores. Y según eso de la legitimidad aristocrática... pero mejor será intentar seguir, como se pueda, los repasos de las últimas lecciones recibidas por el niño Tito⁸, que convalece de fiebres tercianas. Ahora que su forzada vacación amenaza con acabar y, pícaro él, ante la inminente vuelta a la normalidad, procura explotar un poco sus males⁹, se esfuerza por recordar lo aprendido. Comienza el repaso con seguridad y desparpajo siguiendo de cerca las lecciones de su maestro para ir liándose, cada vez más, a medida que el cansancio, la fiebre, la falta de estudio y el espíritu crítico de sus ya retozantes hormonas (era un aventajadillo) le desviaban de la sana doctrina¹⁰. Pero no nos perdamos, por más tiempo, su discurrir:

⁶ Parece que ya se va viendo el plumero al fraile: moverse, un tanto, en el incierto camino de la justificación y preservación del sistema, por una parte, y de su descalificación, con o sin la oferta de alternativas, por otra. Y trataron, en su día, y ahora también, de ponerlo en práctica quienes pudieron, porque, para saber hacerlo, con más o menos destreza, se requiere escaso “cacumen”.

⁷ Se entiende por legitimidad, la condición de un sistema social y político por la que tanto su ordenamiento teórico como su funcionamiento práctico están de acuerdo con los valores, creencias y sensibilidades de las gentes que lo integran (consecuente, por tanto, con el grado de legitimidad es el de “obligatoriedad política” o deber del individuo, que no ciudadano, de acatar y colaborar con el sistema). Se rechazan las tesis de quienes conceden, para el mundo antiguo, una identidad entre los conceptos de legitimidad y legalidad, que solo podrían ser certeras en el caso de que las fuentes utilizadas para la comprensión de ambos conceptos fueran representativas de todo el conjunto social o, en todo caso, redujeran su ámbito de aplicación a los grupos propietarios.

⁸ No importan sus apellidos. Su linaje lo denota su precoz sapiencia. Se encuentra en esa etapa, crucial para él, en que, en torno a los 12 años, muchos de sus amigos superan el *ludus litterarius* e inician sus primeros pasos en Gramática. En él, en cambio, primeras letras, Gramática y Retórica se funden desde el principio, impulsadas, ya desde época temprana, por el celo y la pasta familiar.

⁹ Fenómeno bastante explotado siempre por currantes remolones, llegando, cuando niños, incluso a la autolesión. Así, Persio confiesa que, para escurrir el bulto, cuando era niño, no dudaba en maquillarse hábilmente los ojos con aceite de oliva, lo que le impedía leer, y así librarse de aburridas e insoportables *declamationes* (Persio, III, 44 ss.)

¹⁰ Desde luego, en tema tan transcendente, siempre será más sensato y fiable el sincero cacao mental del nene que mi sesuda disquisición. La licencia permitida, si es que importa algo, se justifica si se tiene en cuenta que la tenue frontera que separa al novelista histórico del historiador radica en la intención de éste último por acercarse a lo que realmente pudo ocurrir. La forma en que lo expresa, lo académico, constituye lo accesorio, por más que la rigidez normativa se empeñe en amordazar, en poner bozales, a diestro y siniestro. Así pues, se dispone e instrumentaliza el lenguaje, aquí, como vehículo de actitudes concretas, en tanto que el discurso subyacente se preserva. Se ha tratado de reinterpretar en castellano de la calle el desinhibido latín vulgar del niño con sus constantes giros y modismos. Su repaso mental, al creerse a salvo de censuras y reprimendas, resulta atrevido y procaz, tanto más cuanto busca afirmarse como adulto. El intérprete, pues, en este caso, no se considera responsable.

“La vida de los primeros hombres, incluso la simple supervivencia, era muy difícil y complicada¹¹. Era así, no solo porque organizar y explotar la tierra, los animales y las plantas fuera una tarea muy peliaguda, porque la creación de instrumentos y los modos de bien usarlos necesitara de mucho tiempo, de muchos afanes y tentativas sino también porque los hombres eran torpones y perversos. Los hombres no sabían conocer las cosas del mundo ni el por qué de las cosas que les pasaban ni las que les podían pasar¹². No podían solucionar ninguno de sus problemas porque, además de que eran muy tontos, también eran muy malos y tampoco querían ponerse de acuerdo entre ellos. Todos eran cada vez más pobres y tenían menos cosas para repartir. Las casas eran cada vez más pequeñas, iban peor vestidos, se ponían enfermos, todos pasaban hambre y nadie podía vivir bien. Si, además, venían otros hombres de afuera, de otros sitios, los enemigos, como no tenían fuerza ni ejércitos ni se ponían de acuerdo porque se llevaban mal, les vencían y les quitaban lo poco que tenían y les iban matando, quitándoles las mujeres o convirtiéndoles en criados o en esclavos. Así, todos, después de vivir muy mal, habrían terminado por desaparecer.

Menos mal que, entre toda la gente, había unos pocos hombres muy sabios, sólo unos poquitos que, además, eran muy buenos y, por eso, eran muy queridos por los dioses. Esos pocos hombres eran capaces de aprovechar la tierra, las plantas y los animales, de descubrir nuevas herramientas, de hacer muchos inventos, de poner paz en las continuas disputas de los demás, de ganar las guerras a los enemigos de la patria y de lograr muchas ganancias para todos¹³. Pero, para eso, les tenían que dejar ser los jefes y dirigir todos los asuntos. Los demás sólo tenían que colaborar¹⁴. Así no sólo no se morirían de hambre y miserias ni se estarían todo el tiempo peleando entre ellos ni serían vencidos por los

¹¹ No parece corresponderse esta versión con los conatos de Antropología dominantes en la época, que, bajo los influjos del “mito de la edad de oro” y el peso creciente del providencialismo estoico, parecían inclinarse por una visión más optimista del pasado, culpando al hombre, más que a las deficiencias de la naturaleza, de sus propios males. Para ayuda de despistados, la época en cuestión es la de Pompeyo, César, Cicerón...

¹² Destacar la necesidad de la mayoría de las gentes, de las masas, constituyó una referencia irrenunciable en el pensamiento aristocrático. Las distintas formas de expresión, orales o escritas, emanadas de los grupos propietarios así parecen confirmarlo. Puede verse, sobre el asunto, para placer solitario de masoquistas, mi penosa y pesada disgresión “Necedad, sabiduría y verdad. El “ser” y el “parecer” o un debate por la legitimidad en la oralidad antigua”, *Gerión*, XV, 1997 (en prensa).

¹³ De un tirón, va desgranando, sin titubeos, con soltura, lo aprendido, los tópicos y referentes ideológicos más extendidos entre lo culturalmente más selecto de los grupos propietarios. El concienzudo adiestramiento, desde pequeños, de los romanos de bien, junto a la correcta disposición de otros recursos (¡no faltaba más!) debía garantizar la reproducción del sistema.

¹⁴ De la legitimidad del poder de los jefes se sigue la obligatoriedad política de los demás, que consiste no solo en el acatamiento sino también en la colaboración activa (cf., por ejemplo, Cicerón, *De Off.*, 1, 1, 9; 1, 1, 20; 1, 1, 28; *De Fin.*, 1, 5, 23).

enemigos sino que vivirían en paz y muy bien¹⁵. Además, si la gente respetaba y hacía lo que querían los pocos sabios y buenos¹⁶, los dioses, que querían tanto a esos poquitos, se harían amigos de todo el pueblo y entonces si que todos vivirían mejor¹⁷. Porque, los dioses, que eran muy, muy poderosos, les iban a ayudar siempre, lo mismo si estaban en paz que si estaban en guerra, diciéndoles lo que tenían o no tenían que hacer¹⁸. Además, a los poquitos, poquitos hombres buenos y sabios les costaba mucho, pero que mucho esfuerzo y sacrificio estar siempre preocupados por los demás¹⁹. Pero no les importaba porque, como eran muy buenos, estaban dispuestos a pasarse toda la vida pensando en los demás. Así que, si querían vivir bien, ya sabían lo que tenían que hacer todos: obedecer a pies juntillas y colaborar con los sabios que eran los más buenos y los mejores y también más amigos de los dioses. Si no lo hacían, pasarían muchas calamidades, serían vencidos por sus enemi-

¹⁵ A primera vista parece aludir, aquí, a otro tipo de legitimidad más “moderno”, el “racional”, que exprime como fundamento del poder el “bien para todos”. En realidad, el “bien para todos” esgrimido por los grupos propietarios escondía propósitos más sinuosos. El citado principio de utilidad común fue esgrimido por otras gentes en la Antigüedad, pero eso es otra historia.

¹⁶ En la cobertura legitimista propietaria, cobraba especial relieve (piénsese, si se quiere, también, en la sociedad actual) la correlación “sabiduría-verdad-bondad”, cuyo desglose establecería una secuencia de eficacia demostrada a lo largo de la Historia: más sabios = mejor preparados = mejores para dirimir cuestiones difíciles = más buenos para resolver problemas comunes = buenos en sí = más virtuosos y sensibles a la inspiración y apoyos divinos = los únicos con posibilidades de éxito de los asuntos de todos = sometimiento, de buen grado, de los no preparados, de los demás = cooperación entusiasta posterior de todos en la defensa del sistema. Con mínimos retoques muchos de nuestros sabios, con aspiraciones ellos, siguen y siguen con el mismo tema.

¹⁷ A la vista, el estrecho parentesco entre legitimidad aristocrática y legitimidad religiosa. Para el romano de bien, la asistencia divina, junto con la excepcional valía de los mejores, explica los logros de la humanidad, en general, y del pueblo romano, en particular. El fundamento de la obligatoriedad política radicaba, básica pero no exclusivamente, para los grupos propietarios, en el origen y asistencia divinas al sistema. No había posibilidad de *auctoritas* (y, por tanto, no había *imperium*) sin *augurium*. Aunque por su obviedad, no requiere esfuerzos de memoria, recuérdese, por ejemplo, a Livio, I, 36, 6 y VI, 41, 4: *...ut nihil belli domique nisi auspiciato geretur o auspiciis bello ac pace, domi militiaeque omnia geri quis ignoret?*, respectivamente, o a Cicerón (*De Nat. Deor.*, 1, 2, 66), de otro modo: *nemo igitur vir magnus sine aliquo afflatu divino unquam fuit*.

¹⁸ La guerra justa, motivo de orgullo del romano de bien, se concebía como forma de extensión, bajo la tutela divina, de la propia voluntad de los dioses, de la civilización y la justicia, por lo que *in re publica maxime conservanda sunt iura belli* (Cic. *De off.*, 1, 1, 11). Recuérdese aquello de *Tu regere imperio populos, romane, memento...* El mandado o visto bueno divino exoneraba, estrictamente, de responsabilidad a los actores (sólo eran responsables de la forma en que cumplían los dictados divinos), en tanto que obligaba al secundamiento de los demás. La eficacia del expediente condujo a su uso constante. (Para no fatigar gratuitamente: Polibio, VI, 56, 2-9; Cic., *De Fin.*, 1, 1, 16; *De Nat. Deor.*, 1, 1, 2; *De Leg.*, II, 12, 31; II, 7, 15; I, 2, 4; *De Rep.*, II, 2, 4).

¹⁹ Imprescindible, en la construcción legitimista aristocrática, era tanto resaltar el escaso número de los buenos y sabios ante la necesidad de las mayorías como destacar su eterna y generosa disposición para el sacrificio, su virtuosa entrega en aras del bien común (cf. Cic. *Pro Ses.*, XLV- XLVI, 137-138, por ejemplo). Aún se sigue con idéntica jerga.

gos y, además, los dioses se enfadarían y los castigarían. Que luego no se quejaran.

Otros, que también tienen razón, cuentan esta historia de otra manera²⁰ (ésta me la sé un poco peor). A ver... cuando aún no había nada, ni tierras ni montes ni mares ni animales, ni plantas ni hombres ni mundos, ya estaba dios. Pero estaba solo y, como no había ni tiempo para contarle, pues se debía aburrir mucho. Se le ocurrió, entonces, aunque no se sabe muy bien cómo, parir más dioses, y éstos, luego, juntándose, empezaron a tener más y más dioses, unos más fuertes y otros más enclenques. Al principio se lo debieron pasar bastante bien jugando, retozando y peleándose entre ellos, pero se conoce que, como siempre terminaban perdiendo y llorando los más pequeños, debieron crear más cosas para estar más distraídos y para que los dioses pequeños pudieran salir ganando alguna vez y no dieran tanta guerra²¹. Así que hicieron el cielo, la tierra, los mares, los montes y los ríos (aunque eso no se sabe muy bien, porque hay quien dice que eso ya existía cuando los dioses y que hasta la tierra, el cielo y el mar eran entonces también, dioses). A lo mejor, no es verdad y lo que hicieron los dioses fue poner un poco de orden porque sí que debía estar todo muy liado. Vete a saber...²². Pero, con esto, no dejaron de tener problemas y de estar liados unos dioses con otros, porque, como unas cosas les salieron mejor que otras, todos se pedían las más bonitas y mejores. Así que no tuvieron más remedio que hacer más cosas para que cada dios, hasta los más pequeños, tuvieran sus sitios, sus animales y sus plantas, que más les gustaran²³. Pero, como eran bastante avariciosos y guerreros y

²⁰ El joven acepta, sin problemas, las dos versiones sin plantearse cuestiones referentes a unidad o relatividad de la verdad. Hace un peculiar refrito de distintas versiones cosmogónicas en relación con sus posibilidades comprensivas de las lecciones de un maestro, a su vez, condicionado por sus actitudes personales, su disposición psicopedagógica y la presión del patrono. El protagonista comienza ya a introducir elementos de cosecha propia (y, también, errores) con lo que, aunque despiste, anima el relato.

²¹ Con facilidad pasmosa ataca y resuelve una de las más graves y serias aporías de cualquier cosmogonía: las causas que pueden inducir a crear el mundo a una divinidad que, por serlo, debe ser pensada autosuficiente. Porque, si los dioses encontraban y cumplían en sí mismos la razón de su ser, es decir, si los dioses eran dioses, el mundo no tendría que existir y, en consecuencia, no existiría. Si existía un mundo creado era porque los dioses no eran autosuficientes, o sea, porque no eran dioses. A no ser que el mundo fuera otro dios (posibilidad que, también, sugiere el chaval, que intenta traducir, a su modo, la versión que el maestro, para salir del paso, le contara). Pero, si el mundo era imperfecto, no era dios y, si no era dios, los otros dioses, los creadores, tampoco podrían serlo. Pero estamos ya introduciéndonos en los devaneos de epicúreos, estoicos y escépticos de la época de Tito. Dejémosles a ellos.

²² El cierre del paréntesis evoca la expansión de los distintos escepticismos en la época. En cualquier caso, la consideración de la creación como medida, como disposición del orden frente al caos, se adecuaba, igualmente, con los valores y mentalidades de los grupos aristocráticos.

²³ Inocente explicación del insaciable y nada inocente reparto divino de la Geografía regional, vegetal, animal y humana de la Antigüedad.

siempre querían tener más cosas que los demás, seguían con los líos de siempre. Por eso, decidieron hacer a los hombres y a las mujeres. Bueno, primero hicieron a los hombres y les debieron salir bastante bien. Eran mejores personas que los de después y, como los dioses les querían mucho y estaban muy pendientes de ellos, vivían muy bien. Algunos vivían tan bien que muchos dioses les tenían envidia y, para fastidiarles, fueron y les hicieron las mujeres que, ya entonces, eran mucho peores que los hombres. Tenían muy mal genio y hasta las más guapas eran unas liantes y unas gorronas. Como los hombres eran un poco tontos y además les gustaban las mujeres, hacían lo que ellas querían y empezaron a irles peor las cosas. Todos se pedían las más guapas y se pedían, también las mejores tierras y las mejores plantas, las joyas, los collares y el dinero para tenerlas más contentas (y para más cosas)²⁴. Y, venga líos y guerras y luchas entre los hombres, que ahora sí que vivían peor²⁵. Y, además, como los dioses y las diosas tenían sus hombres y mujeres, sus tierras y plantas favoritos, les ayudaban contra otros hombres y otros dioses. Con esto, estaban todo el tiempo en guerras. Para hacer daño a los enemigos, les quemaban las ciudades, las tierras y las plantas, les mataban a los animales y les quemaban los barcos. Así, todos se volvían más pobres y tenían todas las enfermedades. La verdad es que, si no llega a ser por una cosa que pasó, todos los hombres se habrían muerto: pues que los dioses se cansaron de tantos líos y se cabrearon mucho con los follones de los hombres (aunque yo creo que les estaba bien empleado por haberlos hecho y, además, ellos también eran unos liantes). Pero dijeron que ya estaba bien y que, desde entonces, solo iba a haber paz y orden en el mundo²⁶. El más cabreado era el

²⁴ Se esgrimen, peculiarmente, los ecos de dos referentes fundamentales del pensamiento aristocrático: el mito de la Edad de Oro primitiva y la condición perversa de la mujer en la tradición culta occidental (la misoginia popular sería más cuestionable), corregida y aumentada ésta, si cabe, por la necesidad íntima de afirmación sexual del joven. Es el torpe intento de afirmación de la masculinidad a través del exterminio de la feminidad, es la afirmación de lo uno con la negación de lo otro, es la defensa de la identidad concebida solo con la ofensa de la alteridad. La disgresión en que se sumerge, excede las explicaciones del maestro enrollándose en temas de su agrado que tratan de paliar su deficiente estudio (no pasa el tiempo para un fenómeno que sigue siendo común). Exhibe, aunque embrionarias, al evocar el mal de los tiempos por parte de quien ya se sabe hombre y rico, con desparpajo, sus actitudes clasistas y machistas. Sin duda, las mujeres y los pobres o, sin más, las gentes del común, habrían dispuesto otros enfoques, menos belicosos y trascendentes y más ligados a sus vicisitudes. (Para las diferentes sensibilidades ante la mujer, mis "Fuentes orales y actitudes romanas ante la familia", *Gerión*, XIII, 1995, págs. 69-98).

²⁵ Aunque el nene se disperse, resulta fundamental en la visión providencialista del pasado, la culpabilización de los hombres en el proceso de degeneración de sus condiciones de vida.

²⁶ La superación del conflicto primitivo, que habría puesto en peligro la propia supervivencia de la especie, conoció dos explicaciones claramente diferenciadas. Para el pensamiento aristocrático (representado, en la época, por estoicos y neoacadémicos, con el fluctuante Cicerón a la cabeza) la responsabilidad le cupo a una divinidad bienhechora

dios más fuerte, que mandaba hasta en los rayos y en las tormentas, y dijo que todos los hombres tenían que hacer sólo lo que él dijera y les dio unas órdenes y unas leyes para siempre. Que, si querían hacer algo, tenían que consultarles y pedirles permiso. Tenían que hacerles casas grandes y lujosas, darles tierras y tesoros y mucha gente para que les estuviera cuidando. Y si, además, los hombres les pedían algo extra, (que les curasen enfermedades²⁷, que les ayudasen en alguna guerra, que les cuidasen a los hijos²⁸ o que les diesen suerte en los negocios y todo eso), pues se lo tenían que pagar bien. No decían con cuánto dinero, pero, cuanto más, mejor, porque, así, los dioses estarían más contentos con ellos o, por lo menos, no se cabrearían y no los castigarían. Así es como empezó a haber muchos policías y curas²⁹. Los policías castigaban a los que no obedecían a los dioses y a los jefes, que eran sus encargados. Los curas, como estaban todo el tiempo con ellos, sabían lo que querían y les daban el dinero, les cuidaban y decían lo que querían los dioses. También podían chivarse y acusar a los hombres que no se portaban bien. La verdad es que no hacía falta, porque los dioses lo veían casi todo, pero, con eso de que podían chivarse, se daban mucha importancia.

Con esto, empezaron a vivir todos mejor. Hombre, siempre había unos pueblos y naciones más buenos y cumplidores que otros y a esos los dioses mejores les querían más y les ponían de encargados, como jefes, para que tuvieran bien controlados a los demás con policías y curas suyos para que no dieran guerra ni molestaran y para que pagaran lo que debían a los dioses. Eso, muchas veces, era una tarea muy fastidiosa, pero, como eran buenos, lo hacían encantados. Además, hasta en los pueblos malos, siempre podía haber gente buena con la que se podía contar para que les echaran una mano y ellos se lo pagarían bien³⁰.

y providencial. Para exponentes del materialismo antiguo, se trató de un pacto de conveniencia y utilidad desarrollados por los hombres del común. Sin ánimo de fatigar, cf., Epic., *Sent. Prin.*, XXXI y XXVI; Lucrecio, V, 1019- 1027; Demócrito, según Diodoro, II, 1, 9-13; Epicuro, según Laercio, IX, 150, 34; Protágoras, según Platón, *Prot.*, 320c-323B. Compárese con Cic., *De leg.*, 1, 2, 4 ss. y, en general, *De Nat. Deor.*, 1, 2, 31 y 1, 2, 61 o *De Rep.*, 1, 46, 70 y II, 1, 2.

²⁷ El tema de la enfermedad vuelve una y otra vez. Aunque ya casi recuperado, su experiencia inmediata le condiciona.

²⁸ Otro tanto ocurre con el tema de los hijos. Si no se reivindica él...

²⁹ Con naturalidad, parece ir ya captando las bases mismas del pensamiento del romano de bien: el origen transcendente de toda norma (recuérdese aquello de *físis* y *nómos*), consecuencia de la decidida mojadura divina en la cosa humana y causa de la erradicación del hombre en la decisión de su destino. Era el comienzo del mercadeo, del servilismo laico y de la gorronería divina, también.

³⁰ Bastante airoso, a pesar del cansancio, parece resultar en su comprensión del dominio romano en el exterior (así como de su estrategia basada en el entendimiento con las aristocracias locales) y de unos pocos en el interior. De nuevo, refleja la estrecha relación existente entre ambos principios o formas de legitimidad. De hecho, según la versión

En los pueblos buenos no había esos problemas tan grandes, porque hacían lo que los dioses les mandaban pero no porque todos sus hombres se hubiesen vuelto buenos de repente, que muchos, muchos seguían siendo malos y, siempre que podían, la liaban ¡Y, menos mal, que había unos poquitos que eran muy listos y muy buenos!. Esos eran siempre de buena familia y sus padres habían sido ya muy sabios y valientes y hasta algunos tenían de abuelos a los dioses. Por eso, y porque se les parecían, se llevaban tan bien con ellos, porque los conocían muy bien y sabían convencerles y tenerles siempre contentos. Por eso mismo, los hicieron, y muy bien hecho, los jefes de los policias y de los curas³¹.

Así que, aunque el mundo era muy grande y había muchos hombres y dioses, si todos hacían lo que debían y cumplían con sus obligaciones, habría orden y les iría bien a todos. Los problemas se iban arreglando y los dioses se preocupaban de que cada uno tuviera lo que le correspondiera. Por eso, algunos, los más buenos tenían más cosas, y más que tenían que tener, porque ellos y sus padres habrían sido mejores personas y se lo habían ganado³².

Pero hay alguna cosa que no me parece muy bien del todo, aunque, a lo mejor, es que aún soy pequeño para entender esas cosas de los dioses (o es que no hay quien lo entienda). Eso dice mi madre, porque ¡cualquiera le dice esas cosas a mi padre! ¡con el genio que tiene!. Pero, la verdad, ahora que no me oyen³³, yo creo que los dioses gorronean bastante. Porque, que pidan para ellos y que tengan sus buenas casas está bien, que para eso han hecho todo y siguen haciéndolo, trayendo agua para el campo y ayudándonos contra los enemigos y curándonos las enfermedades³⁴ y todo eso. Pero es que no paran de pedir y gorronear para sus preferidos y muchos ni son sus amigos ni nada. Que son unos mentirosos que se aprovechan de los demás. Que los dioses se tenían que dar cuenta y echarlos de jefes³⁵, porque, a lo mejor, es que están tan ocupados con tantas cosas que ni se enteran. Porque, que si nos ayudan a todos, y más a nuestros jefes, que si se ocupan de las estrellas, de los ríos y de las plantas, que si se casan, que si sus hijos les

del nene, ambas formas contienen los mismos elementos, lo que las diferencia es el énfasis puesto en cada uno de ellos: en las excepcionales capacidades de los pocos buenos o en la hiperactiva providencia divina.

³¹ El chico esta describiendo y aplaudiendo a aquellos líderes que, directa y descaradamente, recibían el enchufe de los dioses.

³² Ideal de justicia cumplido.

³³ Puede que no le oyeran, dependía de su finura auditiva, pero verle, seguro que sí. Porque, según la más antigua tradición escrita (cf., por ejemplo, Hesíodo, *Trabajos*, 239-285 y *Odisea*, XIX, 104-114) y oral (según se muestra en las primeras fábulas arcaicas al Zeus justiciero) siempre disfrutaron de buena vista.

³⁴ Desde luego, al chico le preocupa el asunto de la enfermedad y, siempre que puede, lo coloca.

³⁵ No se cuestiona, aquí, el sistema sino sus deficiencias, que, una vez atendidas, servirían para su apuntalamiento.

salen ranas, que si tienen que pegarse y vencer a los dioses malos de por ahí, es que no van a tener ni tiempo para todo. Pero a mí sí que me fastidia un rato. Porque hay muchos jefes que dicen que son buenos y no lo son tanto³⁶. Y no lo digo por nosotros, porque en mi casa siempre nos va bien y, aunque se queje mi padre de los negocios y de la gentuza que no hace nada y siempre está pidiendo³⁷, tenemos de todo, pero hay mucho gorroneo. Y esto no me lo invento, que alguna de estas cosas ya las he oído por ahí o me las ha dicho mi maestro que es griego³⁸. Y, aunque mi padre le dice lo que me tiene y no me tiene que explicar, sabe mucho y, a veces, se enrolla, que es lo que a mí me gusta y me cuenta otras cosas.

Pero lo que no consigo entender, ni me gusta nada, es lo del Infierno³⁹. No se por qué los dioses tuvieron que hacerlo y por qué lo hicieron tan así y con esos castigos. Además, mira que si se equivocan o no se enteran como aquí les pasa⁴⁰ y condenan a uno para siempre y no tiene culpa. ¡Pues vaya faena!. Que si a uno le están siempre sacando las tripas...⁴¹ y yo qué se. Las mujeres del servicio... claro que están medio tontas y con lo mal que hablan... Ahora ya no las hago ni caso pero cuando era pequeño me contaban unas cosas... Esas sí que cuentan cosas y aventuras de dioses, porque tienen unos dioses bien raros. Más de un buen palo se han llevado por eso. Bueno, pues le pregunté a mi padre, que está casi siempre enfadado, y ni me contestó (yo creo que no se lo cree mucho y pasa de eso). Le pregunté a mi maestro y me hizo un lío con que si tenemos un alma que no se muere y todo eso y que si Platón por aquí y Platón por allá⁴². Pues ayer le pregunté lo mismo al

³⁶ Se distancia, claramente, de los tonos de las fuentes escritas, para acercarse a la sensibilidad emanada de las fuentes orales. El chico pisaba y, a pesar de sus padres, escuchaba la calle.

³⁷ El llanto del rico, responsabilizando de los requiebros de su bolsa a la gente del común, en la que descarga sus frustraciones ¿es o no una constante?. En la época, no faltan piropos: *Sordes urbis et faex, misera et ieiuna plebecula; sentina urbis; belua multorum capitum; ventosa plebs, infima multitudo, faex populi; movilium turba, malignum vulgus, magna caterva, vulgus pavidum et socors, populus loquax et malignus; vulgus ad deteriora promptum, populus stultus et ineptus*, y tantas y tantas descalificaciones.

³⁸ El personaje, al que denomina "maestro" no es el maestro de escuela primaria (*magister ludi litterarii*) sino el profesor particular (*praeceptor*), docto y griego él, bien dispuesto y controlado, aunque no bien pagado, por la providencia del *paterfamilias*.

³⁹ ¿Cómo le iba a gustar?. Algunos ejemplos: Hes., *Esc. Her.*, 249 ss.; Lisias, *Contra Diog.*, 3; Platón, *Rep.*, I, 330 ss. y LX, cap. XIII, 614b ss.; Demóst., *Contra Timocr.*, 104; *Contra Arist.*, 1, 53; Luciano, *Vera Hist.* II, 29; Pausanias, V, 19, 6; Plauto, *Capt.*, 998 ss; Cic., *Tusc.*, 1, 37.

⁴⁰ Cf., Lucrecio, VI, 390-395 y 417-420.

⁴¹ Cf., penas del Infierno en Lucr., III, 990-1023.

⁴² Platón, eterno referente, asociaba la inmortalidad del alma con la idea de premios y castigos, como se refleja en el mito de Er (*Fedón*, 107d; *Rep.*, X, 614c ss.; *Gorgias.*, 523 a ss.). De este modo, entre otros, garantizaba su idea de Dios-medida (*Leyes*, IV, 716c).

médico, que también es griego⁴³, de Corinto, que se lo trajo mi padre, y me lió aún más con que si Aristóteles y yo que sé. Menos mal que, luego, vino a verme mi abuelo con un amigo suyo, que es de Herculano⁴⁴ y se viene aquí a pasar los veranos porque allí hace mucho bochorno, y me han aclarado un poco. Resulta que, aunque había muchos policías, como los dioses no podían estar siempre pendientes de todo, muchos hombres continuaban haciendo mal y desobedeciéndoles a escondidas⁴⁵. Porque, por ejemplo, si mataban a un padre, que se lo merecía por criminal, lo podían pagar los hijos que se morirían de hambre sin culpa⁴⁶. Así que, para que los malos obedecieran siempre, hicieron los Infiernos, donde irían a parar los que no hicieran lo que debían (porque, al morir, solo se morían los cuerpos y no los espíritus). De este modo, los malos sabían lo que tenían que hacer: obedecer y callar. O sea, vamos a ver, que el Infierno estaba bien hecho, porque así todos cumplen con su obligación y el que la hace, la paga. Eso es lo que dice mi abuelo, que los dioses, aunque hayan hecho el Infierno tan malo, son buenos porque, así, todo el mundo obedece y colabora y los que no lo hacen, lo pagan. Pero a mí no termina de convencerme eso de que los dioses estén siempre cabreados y pendientes de todo lo que hagamos para castigarnos, porque nunca podemos hacer lo que queremos, sobre todo, los pequeños. Que los mayores bien que se lo montan. Que no me convencen.

Además, cuando me lo explicaban, entre ellos, para que yo no me enterara, discutían en griego y muy deprisa alguna cosa. Pero, primero que yo lo entiendo bastante⁴⁷ y yo ya sé lo que piensa el amigo de mi abuelo y otro amigo suyo que es más raro. A esos dos los estuve oyendo cuando paseaban, bien temprano, en el huerto, donde las plantas medicinales de detrás de la casa, a comienzos del verano⁴⁸. Ellos ni se entera-

⁴³ No solo en esta época sino también en toda la antigüedad romana, los médicos, dignos de tal nombre, fueron de origen griego, como griego fue el lenguaje de la medicina y de la ciencia.

⁴⁴ La Campania toda, abierta, o mejor, embebida de lo griego, conoció, a juzgar por los restos, una amplia difusión del Epicureísmo y, en particular, Herculano ha legado, junto con la biblioteca de Filodemo, los numerosos bustos de Epicuro que pueblan los museos de Roma y Nápoles.

⁴⁵ La versión no deja de evocar, de lejos, el relato de Critias (según Sesto Emp., IX, 54, y su eco, en Cic., *De Nat. Deor.*, 1, 42, 17) situando el origen de los dioses en las necesidades policiales del Estado.

⁴⁶ El caso sigue sirviendo de preocupación, según dicen, a los teóricos penalistas actuales.

⁴⁷ Realmente, la educación de los niños de buena posición era bilingüe y el joven Tito no era una excepción.

⁴⁸ Momento y hora propicios, donde los haya, para proceder a la recolección de labiadas, umbelíferas y demás especies de medicinales y aromáticas, verdadero fundamento terapéutico de la medicina antigua (lea quien quiera avanzar en el tema, un poco, la *Historia Natural* de Plinio, la *Materia Médica* de Dioscórides o a Galeno). Estas plantas se recogían del campo en estado silvestre pero, también, se cultivaban por expertos jardineros en la proximidad de las casas de los ricos, constituyendo una de las zonas más

ron de que les estaba escuchando. Decían que los dioses vivían tranquilamente y tan felices en un sitio que se llama "Entremundos"⁴⁹ sin haberse preocupado nunca de nada⁵⁰ ni haber creado nada, porque nada se puede hacer de la nada⁵¹, que eso es imposible. Que, aunque hubieran podido, no hubieran querido, porque eso les habría puesto muy nerviosos y les habría quitado la tranquilidad, que es lo mejor⁵². Así que no habían hecho nunca los mundos⁵³ (porque había muchos⁵⁴) ni las plantas⁵⁵ ni los animales⁵⁶ ni los hombres, que se han hecho ellos solos poco a poco. Y tampoco cuidan de las cosas sino que pasan de todo. Que tampoco andan por ahí poniendo paz y orden, ayudando a unos y castigando a otros con enfermedades y otras cosas⁵⁷. Que no tienen pueblos enteros ni naciones ni hombres preferidos a los que miman más y les dicen lo que hay que hacer y lo que no. Que nunca han ayudado a unos pocos ni a ninguno. que, en todo lo que ha ocurrido, no han tenido que ver nada los dioses. Que las cosas pasan porque sí y que todas las cosas que han hecho los hombres, lo mismo las buenas que las malas, todos los descubrimientos y, también, todas las barbaridades, las han hecho ellos solitos Además, que los que dicen que hacen las cosas porque se lo han mandado los dioses son los que hacen las mayores brutalidades⁵⁸. Y de Infiernos, nada de nada, que no hay, que son inventos de viejas⁵⁹, que solo sirven para amargarnos la vida, porque cuando uno se

frecuentadas por los paseos de los viejos. Los comienzos del verano constituyen, en Roma, precisamente, un momento adecuado para la recolección cuando, bien temprano, el calor aún no aprieta y se da la máxima concentración de aceites esenciales y de fragancias. Allí, abuelo y amigos, como buenos epicúreos (aunque el abuelo no lo fuera, en absoluto), podrían disfrutar de su jardín, su tranquilidad y su amistad.

⁴⁹ Lucr., III, 18- 22; II, 1093- 1094, V, 146- 147 y 153- 154; V, 1183 ss., 306- 310, 1152- 1160.

⁵⁰ Por ejemplo, Epicuro, en D. Laercio, X, 77.

⁵¹ *Nullam rem e nilo gigni divinitus umquam* (Lucr., I, 150). Además, por ejemplo, D. Laercio, X, 38 y IX, 44; Plut., *Adv. Colot.*, 13; Simplicio, *Phys.*, 103, 20; Aristot., *Met.*, 1062b.

⁵² La tranquilidad de ánimo o "ataraxía" constituye el nervio mismo de la Ética epicúrea. Por ejemplo, *ut satius multo iam sit parere quietum* (Lucr., V, 1127), o mejor, II, 16- 19.

⁵³ Lucr., II, 1090-1104 (en realidad, todo el libro II).

⁵⁴ Véase Lucrecio, II, 1067- 1076; Epicuro, según D. Laercio, X, 89; Cf., Simplicio, *Phys.*, 157, 9 y Plut., *Strom.*, 2.

⁵⁵ Lucr., V, 783- 792.

⁵⁶ V, 801-836, donde se enuncia una embrionaria teoría de la evolución, tras las huellas de Empédocles, según Aristóteles (*Phys.*, II, 8, 198b, 27-37).

⁵⁷ El discurso antropológico materialista más completo, en Lucr., V, 925- 1457. La oposición y refutación del sistema teleológico providencialista (según lo expresaba, por ejemplo, Balbo, en Cic., *De Nat. Deor.*, II, 150) en II, 167- 181, conectando con Empédocles y Anaxágoras, según Aristóteles (*Phys.*, II, 8, 198b, 16-29 y *De part. animal.*, IV, 10).

⁵⁸ Cf. Lucr., I, 82-101, que termina con la exclamación concluyente *Tantum potuit religio suadere malorum*.

⁵⁹ Esta vez, Cicerón, quien (*Tusc.*, I, 21, 28) afirma que los terrores eliminados por Epicuro no habrían asustado ni a una vieja beata.

muere ya no vive más. O sea, que uno se muere y se acabó. Así que tampoco había que tener miedo a la muerte⁶⁰. Que lo que había que hacer era vivir lo mejor posible sin preocuparse de nada lo más mínimo y sin temer nada ni pasarse la vida buscando más dinero y los negocios⁶¹. Y que nosotros ¡a vivir bien como hacían los dioses!⁶² o sea que ¡a vivir que son dos días!

Eso último sí que no me gusta, vamos que no me convence nada. A mí sí que me gustaría que los dioses fuesen menos gorriones, porque, si no, sólo los ricos les pueden tener contentos y ser sus amigos, y los demás, no. Y yo y mi familia no saldríamos perdiendo así, pero comprendo que no está bien. Tampoco me gusta que estén siempre cabreados y amenazando. Eso, con tantos castigos, me gusta aún menos. Ahora, bien que me cuidan pero, en cuanto me cure, ya estamos: que si mi familia es muy buena, que si mis abuelos eran los mejores y mis tíos no se qué⁶³, que si tengo que ir bien vestido⁶⁴ y tragarme a los muermos de los amigos de mi padre que mira que son plastas⁶⁵. Pero, si los dioses son como dice el de Herculano, tampoco son un chollo. Primero, porque, si no hacen nada de nada de nada, pues vaya un aburrimiento que tienen que tener. Bueno, sí que pueden hacer algo: mirarse y mirarse (como si fueran mujeres, que solo sirven para eso). Pero lo peor es que

⁶⁰ Contra el miedo a la muerte, de nuevo, Lucr., III 888 ss., donde se enuncian hasta veinte y nueve pruebas de la mortalidad del alma, para concluir que:

Nil mors est ad nos neque pertinet hilum

quandoquidem natura animi mortalis habetur (III, 830-831), siguiendo, de cerca, a Epicuro (D. L.X, 124; 125; 139), enfrentándose a estoicos y neoadadémicos, quienes sostenían la inmortalidad del alma después de la muerte, aunque solo para los segundos fuera inmortal (para los estoicos solo se trataba de una supervivencia temporal). Cicerón, desde luego, defendía tenazmente, la inmortalidad del alma (*Tusc.*, I, 32, 78 y 34, 82). Todo el libro III de Lucrecio se dedica a eliminar el miedo a la muerte.

⁶¹ También nosotros, para no aburrir en exceso, pasamos de la Ética epicúrea.

⁶² *Quare religio pedibus subiecta vicissim*

obteritur, nos exaequat victoria caelo (Lucr., I, 78- 79), porque una vez conocidas las causas de los fenómenos, desaparece la falsa creencia de que es la divinidad quien los motiva y con ello se pierde el miedo a esa misma divinidad. De este modo, se alcanza una paz de espíritu y una felicidad propia de dioses (el mismo juicio en Epicuro, según D. L., X, 135).

⁶³ Destacar la noble ascendencia familiar, la pureza de linaje, las conductas paradigmáticas, las vidas ejemplares de los antepasados y su transcendencia en la grandeza de la patria, todo constituía una materia ineludible en la educación de los jóvenes romanos de bien, como lo era en su pretendido sistema de valores y, en consecuencia, en los usos retóricos de los mayores.

⁶⁴ La llamada a guardar las formas, al aseo, incluso a la ostentación, era la traducción, en este aspecto, de la exigencia aristocrática de cerrar filas en torno a unos usos selectos y privativos, exclusivos, y también excluyentes, de las minorías. El aspecto exterior debía corresponderse con lo que se decía ser en lo económico, lo social y lo moral.

⁶⁵ Y no tenía posibilidad alguna de escape. El niño era, sistemática y pragmáticamente, instruido en las artes de la responsabilidad pública siendo paseado y, sobre todo, exhibido por el celo y la vanidad de papá.

quieren que los demás seamos como ellos. ¡Primero, estudiar y estudiar y, cuando sepamos todo, seremos como dioses!. Porque nosotros, sin hacer nada, solo estudiar y estudiar⁶⁶ y decir qué listos somos. Que no, que no, que eso tampoco me convence. Hombre, si fuera eso de que hay que vivir bien y pasárselo en grande⁶⁷ (como, además, ya no nos castigarían) sería otra cosa, pero es que el de Herculano dice que no es eso. Pues, entonces, nada de nada.

Pero, poniéndome otra vez serio, es que, si los dioses no intervienen, menudo follón se monta: aquí no trabaja nadie ni obedece nadie ni nada⁶⁸. Bueno, sí, trabajarán y obedecerán por el miedo a los jefes y a los policías. Que el miedo es libre. Y que, si no lo hicieran, sin dinero y sin comer. Y si, encima, dan guerra y montan follón, pues ¡leña al mono!. Y bien lo saben. Pero lo harán de mala gana (¡menudos son!) y, siempre que puedan ¡a escaquearse tocan! y, si creen que no les van a pillar, ¡venga follón!. Pero lo más gordo no es eso. Lo más gordo es que si los dioses siempre pasan, entonces todos los que dicen que tienen lo que tienen porque los dioses se lo han dado y que lo que mandan es que antes los dioses se lo han mandado a ellos, lo que son es unos embusteros y unos mentirosos. Que lo que hacen y lo que mandan, entonces, es lo que les conviene a ellos y nada más⁶⁹. ¡Qué tíos! ¡vaya jeta!. Y, encima, todos a callar, a hacer que nos lo tragamos y, si no, ¡palo y tente tieso!.

⁶⁶ El tenaz fervor epicúreo por la filosofía no ofrecía dudas. Proponía el estudio como condición imprescindible para el conocimiento de la naturaleza y, con ello, para el logro de la tranquilidad de ánimo, consecuencia de la eliminación del temor (a los dioses y a la muerte) y el control de los deseos. Recuédese que:

Hunc igitur terrorem animi tenebrasque necessest
non radii solis neque lucida tela diei

discutiant, sed naturae species ratioque (Lucr. II, 59-61, vv. rep. en III, 91-93 y VI, 39-41).

⁶⁷ En el Epicureísmo, como en todas las grandes corrientes de pensamiento, ha de distinguirse entre la actitud de sus creadores, con el discurrir hortodoxo de sus seguidores cultos, y las versiones heterodoxas, derivadas de la extensión geográfica y social, hecho que conduce a las inevitables adaptaciones a nuevas, distintas y, también, oportunistas sensibilidades. La actitud del amigo del abuelo, aún interpretada por el niño, no ofrece dudas sobre la austeridad ética de la doctrina, en contraste con las malévolas e interesadas acusaciones que ya recibiera en su época. ¿A que niño podrían agradar afirmaciones como ésta?:

Ergo corpoream ad naturam pauca videmus
esse opus omnino, quae demant cumque dolorem,

delicias quoque uti multas substernere possint (Lucr., II, 20-22, tras Epicuro, según D. Laercio, X, 130).

⁶⁸ Sin Providencia, se rompía cadena retórica legitimista de los grupos propietarios y bienpensantes. Saltaban en añicos los lazos de la obligatoriedad política que forzaban, al menos teóricamente, a la sumisión y colaboración de las gentes, contribuyendo, de este modo, a la reproducción y perpetuación del sistema.

⁶⁹ Al traste, pues, la legitimidad de los jefes, al traste la obligatoriedad de los gobernados, al traste los fundamentos de la cobertura ideológica de los grupos propietarios. Se los acaba de cargar el chaval.

Claro que lo mismo se lo creen ellos⁷⁰. Vete a saber. Pero ellos siempre de enchufados y los demás ¡ajo y agua!⁷¹. No me extraña nada que a la gente pobre le gusten cada vez menos estos dioses (que muchos hasta les tienen manía) y se hayan buscado otros, que, aunque sean más pequeños, por lo menos les hagan un poco de caso. Porque los nuestros ¡ni leche!

Anda que si se enteran los dioses de lo que estoy pensando... ¡vaya palo!. Aunque, como estoy malo y mi madre y las criadas han ido a regalarles cosas para que me curen. Y no se cuántas cosas han debido prometerles para después. Por eso las ha dejado salir mi padre que, también, ha debido prometerles no se qué. Y eso que yo creo que pasa un poco de eso⁷², que solo va a lo suyo, a sus negocios y a la política. Será para que no digan. Ahora estaba a ver si le hacían cura. ¡Vaya cura!. Mi padre va a la pela, vaya donde vaya.

Bueno, se acabó el repaso, que viene el médico. Seguro que trae lo de siempre: la jodida copita con miel⁷³. Siempre dicen las mismas tonterías y yo, a tragármelo todo: el cuento y la copita. A ver si me hago un poco más el malo y les saco algo más. Y la beata de mi tía, que es una meapilas, a decirme que aproveche para rezar y que, cuando me cure, tengo que ir a no se qué procesión. Ya voy a bastantes. ¡Qué ganas tengo de ser mayor y ser yo el que mande⁷⁴!..”

⁷⁰ Catón (según Cicerón, *De nat. Deor.*, 1, 26, 71) se preguntaba como podían cruzar sus miradas los augures sin mondarle de risa.

⁷¹ Apócope común de contenido irreproducibile en tan serio lugar.

⁷² El fenómeno de quienes, siendo incrédulos, ante las circunstancias difíciles de la vida, se vuelven a la religión, lo recuerda Lucrecio, III, 49- 54; V, 82- 87 y VI, 58- 63. No estaba solo en ese convencimiento, porque siempre *Magis deos miseri quam beati colunt* (Sén., *Excerpt. contr.*, p.464. Bip.) o ...*Cum res trepidae, reverentia divum nascitur, at rarae fumant felicibus arae* (Sil. Ital., 7, 88). Y es que, al fin y al cabo, *Primus in orbe deos fecit timor* (Estacio, *Theb.*, 3, 661).

⁷³ El recurso a la miel en los bordes del vaso era habitual en el tratamiento de enfermos y, sobre todo, de niños. Lo retoma Lucrecio, para disimular el amargo sabor del ajeno, (*artemisia absinthium*), en I, 936 ss. Además, Lact., *Div. Inst.*, 5, 1, 4; S. Jerón., *Ap. ad Ruf.*, 1, 7 y *Ep.*, 105, 2; Marcial, 3, 42, 1 ss.

⁷⁴ Al final, resulta que el joven cachorro sabe, o parece presentir, al margen de objeciones y críticas al sistema, quién es y qué futuro le espera.